

Identidad, desarraigo y despojo

*Francisco Taborda Ocampo
Corporación Viva la Ciudadanía*

En su libro “Identidades asesinas”, Amin Maalouf se pregunta: “...cuando los habitantes de un planeta empiezan a tener la sensación de que pertenecen a comunidades distintas --religiosas, lingüísticas, étnicas, raciales, tribales o de otro tipo--, ¿Cómo hay que “manejar” esa realidad? ¿Hay que tener en cuenta esas pertenencias? ¿Y hasta qué punto? ¿O por el contrario hay que ignorarlas, hacer como si no existieran?

Las preguntas propuestas por Maalouf nos rondan en Colombia frente a la situación de los desarraigados por la violencia (y prefiero utilizar intencionalmente la palabra desarraigado y no desplazado, ya que ésta última actualmente tiene una connotación más jurídica que cultural). Y nos rondan, pues en aras de garantizar la efectividad de los derechos de los desplazados, los agentes encargados de atender a dicha población errante (para usar la expresión de una novela que habla del tema), tienden a establecer “priorizaciones” en la satisfacción de los derechos, olvidando por un lado su integralidad y por el otro, su necesaria interdependencia e indivisibilidad¹.

Pero por ahora no quiero centrarme en una mirada jurídica. Lo que quiero es reseñar brevemente la reflexión que propone Maalouf, anunciada ya en las preguntas anteriores, como modo de sugerir la lectura de su libro y de relacionar sus ideas con la situación de los desarraigados en nuestro país. En este sentido, apenas barrunto una reflexión necesaria, que profundizaré en otro momento, sin desconocer eso sí que tengo conocimiento de que la academia en Colombia, en disciplinas diferentes al Derecho, se ha ocupado del tema.

Debemos reconocer entonces que las personas que han sido desarraigadas de su tierra, cuentan con una identidad, de la cual van siendo poco a poco despojados en el lugar que los recibe. La persona desarraigada tiene ante sí una realidad en la que “hay personas cercanas a las que siente haber abandonado, una casa en la que ha crecido, tantos y tantos recuerdos agradables. Hay asimismo lazos que persisten, los de la lengua o la religión, y también la música, los compañeros de exilio, las fiestas, la cocina”.

Los desarraigados no son entonces únicamente sujetos de derechos en una perspectiva meramente jurídica, son seres humanos dotados de una carga cultural y espiritual, arrastran no sólo maletas, sino señales de la identidad (o

¹ Estas categorías, primordialmente jurídicas y derivadas tanto de la Declaración de Viena, como de los trabajos del profesor Antonio Cançado Trindade, entre otros muchos textos que las asumen y las desarrollan, son necesarias para seguir reivindicando la necesidad de una exigibilidad con dimensión humana en el desplazamiento forzado por la violencia, y ese rostro humano lo da la plena conciencia de sentirnos “afectados” por el padecimiento de los demás, sin fragmentar a ese ser humano que padece los rigores de una situación de violencia.

identidades, para ser consecuente con los cuestionamientos que le hace Maalouf al tema de únicas identidades) que los constituye y que los alimenta pero a la cual tienen que renunciar durante ese paréntesis, amargamente duradero y a veces sin posibilidad de cierre, en que los pone la guerra. Por eso Maalouf también advierte uno de los tantos riesgos de esa nueva violencia a la que tiene que enfrentarse un inmigrante, más sutil y refinada, a veces incluso más cruda, pero igualmente lesiva, a la que también tienen que enfrentarse nuestros desarraigados internos, aunque por supuesto con diferentes matices: “El primer reflejo no es pregonar su diferencia, sino pasar inadvertido. El sueño secreto de la mayoría de los migrantes es que se los tome por hijos del país. Su tentación inicial es imitar a sus anfitriones, cosa que algunos consiguen. Pero la mayoría no. Al no tener el acento correcto, ni el tono adecuado en la piel, ni el nombre y apellido ni los papeles que necesitarían, su estratagema queda pronto al descubierto”. Y agrega Maalouf como a modo de cierre de esa reflexión: “Si, en cada paso que dan en la vida chocan con una decepción, una desilusión, una humillación. ¿Cómo no van a tener la personalidad magullada?, ¿Cómo no van a sentir que su identidad está amenazada? ¿Cómo no van a tener la sensación de que viven en un mundo que les pertenece a otros, que obedece a unas normas dictadas por los otros, un mundo en el que ellos tienen algo de huérfanos, de extranjeros, de intrusos, de parias? ¿Cómo evitar que algunos tengan la impresión de que lo han perdido todo, de que ya no tienen nada que perder, y lleguen a desear, al modo de Sansón, que el edificio se derrumbe, Oh, Señor!, sobre ellos y sus enemigos?”

He sido testigo del despojo al que se ven sometidos, tanto inmigrantes de diferentes nacionalidades en otros países, como los migrantes internos en Colombia, y aunque se me podrá argumentar que el despojo es menor o de menos intensidad en el caso del desplazamiento interno, no es menos cierto que también constituye una gran pérdida y configura un elemento adicional de más violencia. En algunos países, los inmigrantes se ven desposeídos al mismo tiempo de cosas tan sustanciales como su lenguaje, hasta de cosas más cotidianas como su manera de vestir, su risa, sus gestos, entre muchas otras pérdidas. El extranjero es realmente un extraño entre extraños, desposeído de sí mismo. En Colombia, el desarraigado es un extraño en tierra extraña aunque, un poco menos desconocida. Sus pérdidas, si bien son diferentes a las del “subsahariano” en Francia o España (que incluye el verse privados hasta de su lengua y su ideología), tienen que ver con las cosas más valoradas por ellos: sus tradiciones, su viejo patio, sus animales, su familia, sus amigos, aquellas cosas con las que la gente de las regiones se relaciona de una manera más esencial, más sincera, más sólida, más duradera.

Las ciencias sociales tienen entonces un gran reto en cuanto a la formulación de las preguntas que nos debemos hacer frente a la identidad cultural de los desplazados y a aquello que también configura su tradición y sus costumbres, de las cuales se ven privadas cuando llegan a nuevos sitios, acumulando así, a las pérdidas del despojo, las renunciadas a su modo de ser en la cotidianidad que abandonaron. Esas preguntas tienen, sin duda, principios de respuesta en el ámbito de lo jurídico, en lo que toca por ejemplo a derechos culturales, pero obligan, ante todo, respuestas más profundas, que tocan asuntos como el

del multiculturalismo, el respeto por la diferencia, la interculturalidad y distintas miradas desde la ética.

En el desplazado habita un ser integral, frágil, quebrantado y vulnerable en su humanidad, que demanda no sólo políticas públicas, sino “políticas de la amistad” como ha dado en llamarlas un autor, o políticas de la hospitalidad, si pensamos en las nuevas corrientes de la ética.

Cuando cambiamos un modo de vida, porque nos trasladamos voluntariamente a otra ciudad o a otro país, comprendemos que ganamos algunas cosas, pero perdemos otras que son muy queridas para nosotros, aunque sean simples, o precisamente por ser simples. Recuerdo un diálogo de la película *Martin H* de Adolfo Aristarain, en la que el protagonista, un viejo director de cine argentino que se vio obligado a exiliarse en España, se siente incapaz de recriminar a su hijo que se aburre en Madrid y regresa a su ciudad, dejándole a su padre un video en el que le confiesa que le hacen falta los techos de Buenos Aires. Al ver esa confesión congelada en la cinta de video, el viejo director recuerda que algo aumentaba su nostalgia cuando caminaba por las calles de Madrid, él al principio no se explicaba qué era y dice entonces que le hacía falta que la gente silbara como en Argentina. El viejo director siente esa nostalgia porque considera que la patria, más allá de una retórica política, no es más que las calles del barrio que uno deja y unos cuantos amigos con los que regularmente conversa cosas sin importancia.

Identidades asesinas. Amin Maalouf. El libro de Bolsillo, Biblioteca de autor. Alianza Editorial. Traducción de Fernando Villaverde. 1ª reimpresión, Madrid, 2005.